

Miradas de Angel González

Me es muy grato, y no es puro formalismo, que este poemario me dé la oportunidad de hablar de Ángel González, este escritor tucumano, con quien compartimos un lugar de partida Monteros, y un espacio de llegada, Orán. Ese Orán que, en los 80 todavía tenía selva, y donde llegamos varios docentes tucumanos jóvenes quizás buscando, quizás soñando, quizás esperando. En esa trayectoria volvimos a encontrarnos compartiendo con aquel entusiasta grupo Vocación y sus constantes actividades a través de presentaciones de libros, publicaciones de Plaquetas, antologías, hasta que llegó *Piel adentro*, su primer libro publicado en 1992 donde ya estaban presentes temas que son ahora nuevamente visitados, el cuerpo, el amor, la existencia humana.

Este nuevo libro de poemas *Miradas*, que nos llega hoy a través de la infatigable labor de Ediciones Cooperativas del Trópico –y de su mentor Santos Vergara- se convierte así en una nueva ocasión de recuperar el diálogo que la literatura, la palabra, va trazando a través de la propia existencia, y eso hace que los migrantes volvamos a encontrarnos.

Han pasado los años y la mirada que se anuncia en el título ha perdido la inocencia, tiene conciencia de los límites y ya desde el epígrafe sitúa el carácter existencial de la vida humana, sola, en la inmensidad del mundo. A diferencia de lo que dice otro poeta, Agustín Bas Luna –oranense radicado en México- que ve en cada uno la totalidad del mundo, lo “unamente plural”, en este libro de González se impone la dualidad entre lo uno y lo plural aún en la multitud cada uno, cada sujeto, está solo, y esto constituye una fuente de angustia permanente.

Bien sabemos que el interrogante acerca de la vida atraviesa toda la historia de la literatura, planteado, sugerido, disparado como una flecha o metaforizado. En este poemario de Ángel González se recupera el tópico de la muerte igualadora que ya señalaba Manrique en sus célebres Coplas, la idea de la fugacidad del tiempo o la representación de la vida como camino, pero finalmente se impone la imagen que trazara Blas de Otero, la del hombre "luchando cuerpo a cuerpo con la muerte".

En el poema "Incomprensión" (p 23) la imagen de "caminar y resbalar" sitúa ese borde del movimiento humano donde el cuerpo se sostiene y se cae a la vez. Es el reconocimiento de la cornisa sobre la cual camina la vida, muchas veces a tientas o en un estado de borrachera o locura. Pero aún en ese estado el hablante no busca consuelo, su trayectoria es reflexiva y a la vez llena de pesadumbre, sin embargo no pide nada, se desliza en ese terreno incierto y escurridizo para mirar, atisbar el mundo desde un lugar que acentúa su soledad y lo conecta con los recuerdos propios y la memoria del género humano.

Se instala así la mirada, una mirada que fluye entre los objetos y los tiempos múltiples:

"Contemplando me quedo con locura
la caricia tan hermosa que promete
la lejana ilusión que anida en mente
desde tiempos ancestrales, desde siempre
y hasta siempre"

(Incomprensión, 25)

Se trata también de una contemplación impávida y a la vez doliente del mundo que comprende la inutilidad de la acción humana para cambiarlo

"Suspendido

en un hilo del silencio
aguado el paso del tiempo
que sin prisa
me recorre inquietante”

(Frustración, 43)

Los ojos, el rostro, las lágrimas, las máscaras, la observación sitúan las transformaciones del sujeto en la medida que avanza y retrocede, abismado por la visión de un mundo complejo que incluye la naturaleza, los otros, pero también el tiempo que lo abate, los amores perdidos, la infancia que no es ya más que un pálido fulgor. La mirada abarca además las hipocresías sociales, las fiestas inútiles, los dolores del cuerpo, la inquietud y la angustia.

En este norte nuestro la poesía ha pasado por el canto esperanzado y optimista, el culto a la tradición, la crítica social y aún el oportunismo y la diatriba. También en las formas ha ido variando y se hizo más o menos permeable a lo que ocurría más allá de las fronteras regionales. Otra línea, la de la poesía ensimismada y reflexiva ha pasado también desde un subjetivismo personalista hasta el desarrollo de posiciones éticas o estéticas a través de los textos poéticos.

En esta ocasión el libro que nos convoca -*Miradas* de Ángel González- busca un derrotero personal para enfrentarse a la constante angustia de la muerte y en esa trayectoria elige la mirada sobre la vida y sus contradicciones, el modo como los acontecimientos de la vida se escriben en el cuerpo como dolor, como fracaso, como vejez. Es por ello que cada poema constituye una figura distinta en la página –a veces continua, otras quebrada, breve, extensa, con alternancias- no sólo como escritura, sino también como tatuaje, como marca, como inscripción. En este sentido cabe destacar el atinado acompañamiento de las ilustraciones de Lorena Suárez.

En una época de banalidades, vidas superficiales y rápidos impactos, Ángel González elige otro camino, asume las contradicciones humanas, vuelve los ojos sobre el hombre y nos hace pensar otra vez en esa inquietante imagen que a mediados del siglo XX nos dejó Blas de Otero:

“Esto es ser hombre: horror a manos llenas.

Ser —y no ser— eternos, fugitivos.

¡Ángel con grandes alas de cadenas!”

(“Hombre” en *Ángel fieramente humano* 1950)

Raquel Guzmán
Salta, abril de 2012